

LOS CONCURSOS EN EL IX SALÓN DE BELLAS ARTES

Especial para MARCHA

Una novedad ofrecía este año el Salón, la presencia de dos concursos. Uno realizado en el interior del país, del cual otro día hablaremos; y otro, para buscarle un destino fijo a la obra de arte, en la altísima misión de unirse a la arquitectura.

Hemos escrito otras veces acerca de esa tristeza de la plástica de nuestros días, nacida sin destino; nacida con un destino a medias, como es el destino de los Salones. Creemos que lo que enciende toda obra artística, y la eleva y la diferencia, es la alta ambición de su destino. Pensad en un útil cualquiera, surgido de las manos y de la inteligencia del hombre, un mueble o una máquina. Nace evidentemente para un fin específico, tratando de dar un trozo de felicidad mediante un puñado de dinero. Pensad en un cuadro, un soneto, una sinfonía: su finalidad, en cuanto función, es menos nítida, menos precisa; y la felicidad que otorga, incansable y sin desgaste, no está en justa proporción con la paga que recibe.

Pero pensad ahora, en el alma del útil, y la adivinaréis fría, muda, impasible ante su destino. Cae inexorablemente en las manos del comercio. Y allá se queda en la fábrica, en la bodega del barco, en la tienda o la barraca, nadie escucha la queja desde el alma dormida. Mas si pensáis en el cuadro, el soneto o el canto, ¿acaso no sentís cómo llora por

está dicho con imágenes literarias sino con hechos que por lo escuetos resultan todavía más efectivos.

BRITISH JOURNALISTS AND NEWSPAPERS (Periodistas y periódicos británicos) por D. Hudson. Editado en Londres por Collins, 1945. 48 págs. con ilustraciones y láminas.

☆ Mr. Hudson es uno de los periodistas más renombrados y es el biógrafo de W. M. Praede y de Thomas Barnes, el gran Director del siglo XIX, bajo cuya tutela "The Times" obtuvo el prestigio que aún conserva con tanto señorío.

En este libro el autor habla más de los periodistas que de los diarios en que escribieron y sigue la historia del periodismo inglés a través de sus hombres más distinguidos.

El bosquejo de Mr. Hudson es uno de los que con títulos más valiosos puede incorporarse a esa serie impresa por Collins de "La Gran Bretaña en Imágenes".

ISLANDS TOUND BRITAIN. (Las islas que rodean a Gran Bretaña) por R. M. Lockley. Editado en Londres por Collins, 1945. 48 págs. con ilustraciones y láminas.

☆ Mr. Lockley, autor y granjero, ha escrito casi siempre sobre islas y pájaros y entre sus libros más conocidos están: "Islands days", "I know an Island" y "Shearwaters". En este libro ha escrito, como su nombre lo indica, sobre las islas que rodean a Gran Bretaña, muchas de las cuales conoce perfectamente; las conoce como un ornitólogo serio, que ha estudiado las aves marinas y sus migraciones de otoño y primavera así como la organización de sus colonias.

Las islas, para la mayoría de los ingleses, tienen una fascinación que nunca decae y la maravillosa variedad en el carácter y la historia de las leyendas y sobre todo, de las bellezas de esas Islas es admirablemente descrita en este volumen.

dentro el alma que le da su larga vida? ¿Acaso no percibís la queja lastimera del cuadro que no sabe a quien va a regalar la magia de sus colores, y del canto, apagando la vibración celeste de su palabra?

Un destino a medias, dijimos, es el destino de los Salones. Destino a medias, porque la cosa de arte que se ha encerrado durante unos cortos días, ha vivido para los diálogos fugaces. Primero, para el angustioso —a ineludible— diálogo con el jurado. Enseguida para los rápidos diálogos con los visitantes. ¿Y después? Después el silencio, el olvido, en un triste trajinar por cuartos y depósitos; y si acaso, la mansedumbre de una pared lejana de un museo para proseguir su diálogo si alguien acude a su llamado.

He aquí lo que tiene de renovadora la tentativa de la Comisión de Bellas Artes. Alentar la obra que nace para un destino dado. Y estos destinos, en esta experiencia, fueron dos: uno de carácter histórico, para crear el cuadro grande que exaltando un hecho glorioso del pasado, pueda destinarse a un edificio público. Y el otro destino fué el de enriquecer el edificio en construcción para sede de la Biblioteca Nacional.

En el concurso histórico obtuvo el premio Felipe Seade. Hace tiempo que seguimos las andanzas de este porfiado perseguidor del muro quimérico, y que siempre, aunque no se lo pidieran, ha pintado bajo el llamado de la arquitectura. Temperamento recio, adusto, profundo, meditativo, que no siente la gracia y la sonrisa, ni en el color ni en la forma. Seades ha buscado siempre en el pueblo, cargado de dolores, la inspiración de sus temas. Hemos visto así cosas logradas y cosas frustradas, pero en todas ellas se halla vivo su temperamento original, que no ha golpeado a la puertas de maestros o de escuelas en boga, para decir su propia palabra.

Queremos que en todo lo dicho se trasunte el elogio al artista, porque por encima de sus logros ocasionales, destacamos en Seades una purísima conducta artística, sostenida y heroica, que lo va a llevar seguramente, a altos triunfos.

Este de ahora es un auténtico triunfo, aún cuando la obra por su calidad de boceto, está reducida en sus límites. Pero dentro

de las cosas realizadas por Seades, es donde ha dado su nota más alta.

Bien se avenía ese tema del campamento del Ayuí —todo pueblo, él, en su derrota, en su altivez y en su solidaridad— para que Seade lo tratara con enternecido amor. Pueblo nuestro, de ayer, en el marco de la heroicidad; pero pueblo vivo, multánime, mezclado con los animales y la naturaleza, y hasta con el cielo fosco, como si todo eso fuera una sola cosa. Y que lo es, en verdad: un inmenso pensamiento ensombrecido.

Ha triunfado Seades, decimos, porque su realización plástica tiene todas las virtudes que reclama el tema, y que pide la pintura mural. Y pequeños defectos —la coloración asaz sombría, y el desdibujo y monotonía de ciertas actitudes— son reparables así que esa pequeña tela evolucione en su depurado viaje al cuadro mayor. Y allí, si logrará la plenitud de sus valores emocionales.

En clara antítesis —de concepto, de forma y de coloración— se presenta Alvaro Buena fama Uriarte, con un estudio, que sino obtuvo el premio, mereció por sus virtudes, alta recompensa.

He ahí, cómo en el misterioso claustro de la creación artística, un mismo hecho repercute de distinta manera. Aquí Buenafama Uriarte realiza un campamento criollo, auténticamente criollo, con toda la poesía del paisaje nuestro y de los hombres nuestros. Un parentesco muy cercano con la gozosa pintura de Figari —que por ahora no podemos reprocharle— viene a adornar de gracia, de alegría, de dulzura, esta tela enternecida. Alegría pictórica para denunciar un hecho doloroso de nuestra historia —y que malgrado su vivacidad se inunda de melancolía al insistir en esa resignada marcha hacia el destierro sin adiós. Todo el lujo colorista de este boceto, además de fijar la visión de campo, arroyo, pulpería, ombú, carretas, caballos, hombres y mujeres, no ahuyenta la tristeza del éxodo, que se siente en todas partes, pese a la riqueza tonal. Y la verdad histórica fluye aquí, a través de una música, que en vez de llorar con las notas bajas, llora con el coro de las notas agudas del teclado.

El parentesco con Figari no sólo se siente por su acercamiento

to a la genial manera del pintor consagrado, sino por el hecho de haber tocado un mismo tema. Recordando la extraordinaria tela de "El Exodo" de Figari, percibimos, sin embargo, el noble empeño en Buenafama Uriarte, de independizarse del maestro. El cuadro grande de Figari —el único que pintó desarrollando un tema según un boceto— muestra al pueblo enorme marchando por las eses polvorientas de los caminos, formando la teoría inacabable de sus carretas. Es una nota única y persistente de dolor. No la dan los elementos del cuadro; la da la unidad de la tela insistiendo en la amargura del drama.

Buenafama Uriarte toma la escena del campamento. Allí está el arroyo; las carretas aún no unen los bueyes; las mujeres se enredan en los corros parteros con el apesadumbrado comentario; los hombres, pegados a sus caballos, cumplen las órdenes. Y un propósito unánime y triste, vela todo el desordenado instante.

Como este meritorio esfuerzo de este pintor —casi nuevo en las lides, pero que ha aparecido con extraordinarios recursos artísticos— implica para nosotros un acierto de alta jerarquía, creemos que al par del esfuerzo de Seades, debiera merecer el honor del muro o del gran cuadro, para el cual fuera pintado. Honor que no reclamamos de inmediato, sino cuando el pintor —recién armado caballero del arte— tenga más preparadas y filosas sus difíciles armas.

Para la Biblioteca Nacional, en la parte de pintura, se presentaron a nuestro modo de ver, tres trabajos con altos méritos para ese destino: primero el premiado de Willy Marchand; y después los dos esfuerzos, uno de Carlos González y Luis Mazzei, y el otro de Luis Fayol.

Willy Marchand tuvo un indiscutible triunfo. Su pintura, que denuncia la distinción de su espíritu, muestra dentro de una ordenación pictórica felicísima, la evolución del libro y de la imprenta. Desde Egipto con sus papiros hasta la fabulosa rotativa, todo cabe en el boceto en una armónica y equilibrada secuencia de temas. Se siente el aplomo y la serenidad de la cosa realizada para la quietud del muro, no sólo en la manera como aísla y vincula al mismo tiempo las escenas,

sino en la sobriedad de la coloración.

No nos sorprende este éxito de Willy Marchand, de quien hemos seguido siempre con verdadero interés sus ensayos, a veces audaces, a veces inciertos y débiles. Hoy ha dado la obra que lo consagra. Es aún un boceto —y parece para quien no piense en la futura cosa llevada al muro— que cierto preciosismo de dibujo le diera calidades menores de grabado. Para nosotros es una auténtica pintura mural, que guarda en sí la potencia —mediante la depuración y el estudio— de fijarse como una obra digna de la depuración en el muro de la perduración en el muro.

La obra de González y Mazzei nos muestra, cosa que hemos dicho muchas veces, cuán benéfico es el acercamiento de los artistas para trabajar en conjunto o en equipos. Aquí luce la gracia, siempre viva e inesperada de González, en sus elogiados dibujos; y la riqueza colorista de Mazzei. Hay trozos en el boceto de extraordinaria riqueza plástica, y de una suntuosidad que conquista al reposado mirar. Pero se resiente —en el terrible afán de mostrar toda la historia del país— de confusión y de abigarramiento.

Luis Fayol también aporta un serio esfuerzo que muestra su adaptación fiel a la técnica del fresco. Hay cosas bien logradas, con una gran sobriedad de medios expresivos; Choca un poco la figura central, hermosa en sí misma, pero que destruye el equilibrio de la composición, sin ligarse totalmente a las escenas laterales.

Así entendemos que estos dos bocetos, junto con los premiados, junto con los comentados del Campamento del Ayuí, muestran bien a las claras cómo puede engrandecerse la pintura nacional arrancada de la repetición incesante de la "muerta naturaleza muerta" y del paisaje alejado. Y cómo cuando se aventure con el muro de verdad, en la conjunción y la humildad de los equipos, se alcanzará el ansiado nacimiento de una nueva época de nuestra plástica. Aquella que clama el muro desnudo, para dar el acorde perfecto de arquitectura y artes plásticas, en su acoplamiento armónico e integral.

C. A. HERRERA MAC LEAN.